

# WILLY

## Un amigo nos ha dejado

He de comunicar a los amigos y lectores de estas páginas una triste noticia. Willy, el gracioso gatito cuya fotografía aparece al frente de nuestra página web, estando a mi lado y sobre mi mesa de trabajo, ha muerto ayer, en la dulce, luminosa y risueña mañana del Domingo, 5 de Octubre de 2014.

La foto fue tomada hace ya algún tiempo, cuando Willy era más joven y estaba en su plenitud vital. En estos últimos años habría sido imposible, pues ya no podía saltar, no era capaz de subirse a la mesa, dada su avanzada edad y su estado de salud. Willy era ya un ancianito, estaba enfermo, su cuerpo estaba maltrecho y sus fuerzas flaqueaban. Pero su amor y su cariño seguían intactos, incluso iban en aumento.

Nuestro querido Willy, que es el gato de nuestros vecinos, empezó a venir a nuestra casa después de morir mi fiel Troy. Ya me conocía bien, porque yo tenía que atenderle a menudo y darle de comer, al igual que a su madre, la tierna y dulce Mimí (para la cual guardo también un grato recuerdo, teniéndola presente con cariño), cuando sus dueños se ausentaban algunos días. Nunca se había atrevido a venir a verme, dado que en nuestra casa había presencia canina, algo no precisamente grato para los gatos, y muy peligrosa para ellos: primero fueron dos perros y luego tan sólo uno.

Pero cuando murió Troy, el pequeño compañero que tuve a mi lado durante tantos años, el cariñoso y alegre perro de raza beagle que siguió estando conmigo tras la muerte de mi fiel Lak, aquí apareció en nuestra casa el bueno de Willy. Casi como si hubiera intuido mi tristeza y el vacío que la muerte de Troy había dejado, vino justo al día siguiente, sin dudarle un momento, para estar a mi lado.

Con un ágil salto subía a mi mesa, si yo estaba leyendo, o se echaba junto a mí, si estaba meditando. Tumbado sobre la mesa --como también hacía antaño mi viejo y querido Tulús, el gato siamés que llegó a mi vida por un azar del destino--, fijaba en mí su miraba y parecía decirme: “No estés triste; yo estoy aquí contigo para que no te sientas solo”. No podéis imaginar la elocuencia y transparencia de su mirada. Tenía un brillo que te traspasaba y te llegaba hasta lo más hondo. Te hablaba mirándote.

Con su manto rallado, con su porte fuerte y bello, con su grande y noble cabeza, parecía un pequeño tigre, un inteligente y amable tigrecillo lleno de cariño. Sus grandes y vivaces ojos de color dorado parecían dos soles que derramaban luz, amor y dulzura hacia quienes miraba. Recuerdo su postura majestuosa, echado sobre el suelo como un león o como una gallarda esfinge, mirando al horizonte. Y también cómo dormía relajado, tendido plácidamente a nuestros pies, muy cerca de nosotros, especialmente en el rincón que tanto gustaba a Troy.

Willy era pura poesía viviente. Solíamos llamarle Wilito y Wilillo. Para venir a nuestra casa pasaba arrastrándose por debajo del alto seto que separa nuestra casa de la suya, la de nuestros vecinos, por un sitio que él ya conocía de memoria, con esa inteligencia y esa memoria propias de los felinos. Supongo que en los últimos meses este ejercicio como de guerrillero o comando debía costarle bastante, dado su débil estado general, pero seguía haciéndolo sin cesar una y otra vez.

En estos últimos años, dada su avanzada edad y que ya empezaba a estar bastante enfermo, espaciaba mucho sus visitas e incluso dejó de venir durante algún tiempo. No nos extrañaba, pues sabíamos de su delicado estado de salud, que por desgracia iba agravándose paulatinamente. Pero de repente, cuando menos lo esperábamos, volvió a aparecer en nuestro jardín y con mucha más asiduidad que antes. Venía todos los días y, ya en las últimas semanas, se quedaba todo el día con nosotros. Llegamos a la conclusión de que venía aquí porque sentía una energía muy positiva en nuestra casa. Energía de la que estaba ciertamente muy necesitado. Daba pena ver cómo se iba deteriorando. En la primera aparición que hizo en nuestra casa hace meses, después de tan prolongada ausencia, su estado era tan lastimoso que pensamos que le quedarían tan sólo unos pocos días de vida. Caminaba con un paso tan vacilante, estaba tan delgado y su corazón latía de forma tan agitada, que teníamos muy pocas esperanzas de llegara al verano.

Procuré transmitirle en todo momento la fuerza sanadora de la que pudieran ser portadores mi organismo y mi cosmos personal: acariciándole, hablándole, dándole ánimos, ayudándole a moverse y

hacer ejercicio, incluso imponiéndole las manos. Y efectivamente, pudimos comprobar cómo iba mejorando sensiblemente, día tras día, gracias a nuestra compañía y nuestros cuidados. Se fue recuperando de tal modo que superó el decrepito y lamentable estado en que lo vimos con tristeza al reaparecer por primera vez en nuestra casa tras tanto tiempo de ausencia. Se recuperó hasta tal punto que llegó a sorprender a sus dueños, nuestros vecinos, y pudo disfrutar con aceptable bienestar sus últimos días de vida. Vivió todavía muchos meses más y con una vitalidad sorprendente para su edad.

Murió tranquilo y feliz, rodeado de quienes le querían y a quienes él también amaba con toda su alma. Se durmió plácidamente, entrando en un sueño luminoso y lleno de paz en el que sin lugar a dudas iría recordando la buena y larga vida que había tenido, los gratos e intensos momentos de que disfrutó a lo largo de su existencia. Agradezco a sus dueños que me permitieran despedirme de él, el mismo día que murió, y acariciar por última vez su cuerpecillo dormido.

Sus restos reposan junto a los de Mimí, su madre, muy cerca de donde descansan los de Lak y Troy, justo al lado de la valla que separa y une las dos casas, la suya y la nuestra. También las cenizas de los animales que hemos querido y nos han querido son “polvo enamorado”. Polvo amoroso, rebosante de amor, cuyos efluvios sutiles nos siguen acompañando, nos acarician tiernamente, reclamando al mismo tiempo nuestro recuerdo y nuestro cariño.

Con mis palabras quiero levantar aquí un modesto monumento escrito en homenaje a mi pequeño y gran amigo, un *memorial* (como dicen los anglosajones) hecho a base de palabras para mantener viva su memoria. Me gustaría dejar esculpida una minúscula escultura verbal en la que quede plasmada la imagen de este afectuoso animalillo y así poder volver a posar la mirada de mi alma cuando los recuerdos vayan difuminándose y borrándose por el implacable paso del tiempo.

Amigos, quisiera compartir con todos vosotros la felicidad de la que disfruté junto a mi buen amigo y compañero, el entrañable vínculo que nos unió a Willy y a mí. Me gustaría haceros partícipes de la dicha que tuve al tener a mi lado durante tantos años al cariñoso y alegre Willy, al cual habéis conocido por la foto que preside estas páginas.

\* \* \* \*

¡Willy, mi querido amigo y compañero! Escribo estas líneas con lágrimas en los ojos y con aliento entrecortado. Ha sido para mí un inmenso placer y una gran felicidad el haberte conocido, el haber gozado de tu compañía, el que te hicieras presente en mi vida durante tanto tiempo, con tanta lealtad y con tanto cariño.

¡Willy, pequeñín, qué buen nombre te pusieron! ¡Qué bien te cuadraba ese nombre tan gracioso, tan breve, tan sonoro y tan alegre, con el que se te podía llamar fácilmente y al que tu respondías de forma inmediata! ¡Cómo resonaba en este pequeño mundo nuestro, formado por tu casa y la nuestra! Parece como si ese nombre hubiera sido inventado exclusivamente para ti, como si hubiese nacido contigo.

¡Willy, Wilillo, cuanto te echaré de menos! ¡Cómo sentiré el no ver tu alegre figura en nuestro porche o en nuestro jardín cada vez que abramos la puerta y a ellos nos asomemos! Todavía, pasados ya varios días desde que te fuiste, cuando miro hacia el jardín o salgo a nuestro lugar de encuentro, me extraña no verte ahí sentadito, esperándonos. Me entristece el saber que ya no vendrás más a verme y hacerme compañía.

Apareciste en mi vida como una bendición del Cielo. Viniste para reemplazar a Troy, para llenar el vacío vital que él había dejado, y te fuiste convirtiendo poco a poco en una réplica del mismo Troy, como si fueras un Troy reencarnado o redivivo. Adoptaste muchos de sus hábitos, costumbres, posturas y actitudes, entre ellos el arte de saber esperar.

Me enternecía verte cada vez más débil. Sufría mucho viéndote tan enfermo, tan viejecito, en estos últimos meses que hemos compartido con tanto placer y gozo para ambos. Todos los días pedía a Dios, en esa continua conversación que debe ser nuestro vivir cotidiano, que me ayudara a hacerte muy feliz en los últimos días de tu vida, que me iluminara y diera fuerzas para aliviar tus achaques, para que sufrieras lo menos posible. Y agradezco la inmensa y providencial oportunidad que, en efecto, me ofreció para que así fuera.

Se me partía el corazón cuando llegué a casa por la tarde aquel jueves último, después de estar en Madrid, y me encontré con tu cuerpo tendido sobre el suelo en nuestro porche, delante de la puerta de casa, casi agonizante. Viniste a vernos y a estar con nosotros, pero no sabías que ese día no estábamos. Trataste probablemente de buscar ayuda, de protegerte del calor que hizo aquella calurosa jornada, pero te quedaste sin fuerzas allí mismo, echado en lastimosa postura. Me alegro, no obstante, de haber llegado a tiempo para reanimarte, para llevarte a un sitio más protegido en el que te pudieras recuperar y volver en ti.

¡Oh amigos! No podéis imaginar lo que este pequeño animal, este palpitante cuerpecillo ha aportado a mi vida. No salgo de mi asombro. Cómo una cosa tan pequeña puede hacer surgir en nuestra alma algo tan grande. Cómo esta pequeña creaturita ha sido capaz de darme tanto, llenando mi vida con tanto gozo y tanta felicidad.

Wilillo, tendrás siempre un lugar muy especial en mi corazón, un rincón muy íntimo reservado para ti, junto a Lak y Troy. ¡Cuánto dolor por haberte perdido! ¡Cuánta alegría por haberte tenido a mi lado durante tantos años, y especialmente en estas últimas semanas de tu vida!

¡Oh Señor, gracias por tan inmensos dones que de Tu mano recibí y sigo recibiendo! Gracias una vez más por este nuevo regalo viviente que pusiste en estos momentos de mi peregrinar terreno, otro más entre los muchos que ya antes recibí de tu mano. Gracias por esta maravillosa creatura que salió de Tu mano. Arunáchala, Montaña de Luz, Cima del Amor y la Compasión, Sede de la Paz y la Felicidad, Refugio de todas las creaturas: ya reposa en Ti el bueno de Willy, ya duerme lleno de paz en tu seno materno y acogedor, ya le envuelve por completo tu sombra y tu esplendor liberadores.

¡Qué maravillosa es la vida, cargada de cosas extraordinarias y asombrosas! ¡Qué gran misterio! ¡Cuánta grandeza! Veo la existencia inmersa en un radiante e inagotable esplendor. Siento unirse en un gran abrazo el *Ki* y el *Ho*: el *Ho* que es Amida, *Oya-sama*, el *Tathagata*, la Realidad suprema, el Señor que es Padre-Madre; el *Ki* que es su hijo y su humilde servidor, el *Namu* que brota como oración del fondo del corazón, este ser humano que se sabe pequeño, débil y menesteroso, que implora, recuerda y se emociona. ¡Arunáchala-Shiva, Arunáchala! ¡*Namu-Amida-Butsu*!

He vivido toda mi vida asombrado, admirado, absorto, maravillado y fascinado por todo lo que de grande, verdadero, bello y bueno he visto, oído y sentido a mi alrededor. Y ahora, ¡oh Señor!, renuevo este asombro, que me lleva a asombrarme en Ti. Veo cada vez con mayor claridad que todos los seres que nos acompañan en la vida, trayéndonos un mensaje vivo de inteligencia, afecto y cariño, son tus enviados o mensajeros. Llegan a nosotros y están a nuestro lado para conducirnos por el Camino de la Vida, para encontrarte a Ti y despertar en nosotros todo nuestro potencial de amor y sabiduría. Son pequeños maestros que nos enseñan a vivir con dignidad, con altura y alteza, de acuerdo a nuestra más alta y noble naturaleza, y nos ayudan a encontrar la senda que conduce a la santidad, la perfección y la plenitud. Vienen a nosotros para que aprendamos de ellos. Son pacientes y sufridos maestros que, con su compañía, con su ejemplo, con su mensaje callado, sabio y amoroso, nos van instruyendo casi sin que nos demos cuenta y hacen que nos abramos al Misterio, a la Luz de lo Alto y a la influencia del Sumo Bien.

Gracias, Willy, por el raudal de alegría, de ternura, de afecto, de cariño, de gozo y de ilusión, de sabiduría y de amor que trajiste a mi vida desde aquel día que apareciste en nuestra casa, como si Alguien te hubiera enviado con un encargo muy preciso y con una clara misión, para acompañarme tras la muerte de mi fiel Troity.

Mi pequeño Wilillo, te sigo sintiendo muy cerca de mí. No dejes de mirarme con esa mirada tuya tan sabia, tan poética, tan tierna y cariñosa, tan penetrante y acariciadora. Sé que, con tu mirada, continúas diciéndome: “No estés triste, yo sigo aquí contigo, siempre junto a ti, para consolarte, alegrarte y hacerte feliz. Y también para recordarte tu misión”.

¡Adiós, Willy! Permaneceremos siempre juntos, unidos por un lazo de amor que ya nada ni nadie podrá romper. Siempre estaré a tu lado, acariciándote y mirándote con dulzura. Nunca te faltará mi cariño. Sé que tampoco me faltará el tuyo.

Descansa en paz, pequeñín.

ANTONIO MEDRANO

